

dades : llevando á tal extremo su encono los que habian triunfado á nombre del rey, que quitaron la vida á algunos de los perdonados, culpándoles de los recientes alborotos; y mandaron derribar las casas de Juan de Padilla, sembrarlas de sal, y levantar un padron de infamia.

¡ Tanto puede el odio de los esclavos contra los amantes de la libertad !

POESÍAS.

I.

FANTASIA NOCTURNA.

« Para mí da la tierra tantos frutos ;
Nada el pez, paca el bruto, el ave anida ;
Dos mundos ciñe el mar ; luce la luna,
Alumbra el sol, y las estrellas brillan... »
Así en la humilde grama reclinado,
Vuelta al cielo la frente envanecida,
Soñaba el hombre, y de natura toda
Señor, árbitro y dueño se imagina.

En la copa de un álamo cercano
Un aguila caudal posaba altiva ;
Tal como ardiendo el rayo entre sus garras
Al pie de Jove se ostentara un dia :

« ¿ Quién como yo ? (con su ademan clamaba)
Las aves por su reina me apellidan :
Si me place abatirme hasta la tierra,
Cruzo de un vuelo la region vacía ;
Y el rumor de mis alas al ganado
Y al mísero pastor atemoriza :
Si me place, remóntome hasta el cielo ;
Clavo en el sol la penetrante vista ;
Y la nube que aterra al débil hombre
Miro bajo mi planta suspendida. »

Al pie del árbol mismo entre la yerba,
La luciérnaga apenas relucia ;
Mas no menos sus títulos de gloria
Recordaba á la par desvanecida :
« Los prados me dió el cielo por recreo,
Las flores por morada y por delicia ;
Para mi sola el céfiro las abre,
Las tiñe el sol, y el alba las rocía :
Me apaciento en la tierra como el bruto ;
Las alas bato como el ave altiva ;
Doy luz al hombre que camina á ciegas ;

Y alguna estrella mi esplendor envidia. »
Entre tanto los astros lentamente
Por el cielo su curso proseguian ;
La tierra reposaba silenciosa ;
El mar en la ribera se dormía...
Mas con un soplo el viento meció el árbol,
Y al aguila ahuyentó despavorida ;
Desgajóse una rama, y turbó el sueño
Del que señor del orbe se creía ;
Y al miserable insecto hundió en el polvo
Una hojilla del árbol desprendida.

II.

LA ESPIGADERA.

Zagala donosa,
Linda espigadera,
Que el dorado fruto
Llevas á la aldea,
Pon sobre mis hombros
La carga ligera ;
No mas afanada
Mis ojos te vean.
Mira que envidiosa
Venus te aconseja
Malogres tus años
En ruda faena :
¿ Qué placer te brindan
Las desnudas eras,
Los tostados haces,
Las aristas secas ?
El sol con sus rayos
Abrasa la tierra,
Sin que leve sombra
De su ardor defienda :

Enjutas del rio
Se ven las arenas ;
Y al márgen se apiñan
Las mustias ovejas.
Sin flores el prado,
Los campos sin yerba,
Los árboles secos,
La fuente sedienta,
Ni cantan las aves,
Ni céfiro vuela ;
La triste cigarra
Tan solo resuena...
¡ Ay ! ven ; y en la gruta,
De musgo cubierta,
En pláticas dulces
Pasemos la siesta :
Que amor te convida,
Te llama, te espera,
De gente curiosa
Guardando la puerta.

III.

LA BARQUERA.

Niña de las redes,
Eres, segun creo,
De la mar nacida
Y hermana de Venus :
Al nacer, cortes

Las olas les dieron
Color á tus ojos,
Mudanza á tu pecho ;
La cándida espuma,
Que rizan los vientos,

Dió sal á tu boca , Buscando y huyendo ,
Blancura á tu cuello ; De tratar amores
Y el mar en la orilla , Te dió el mal ejemplo .

IV.

LA MANSION DE AMOR.

Red en los árboles veo ;	Al amor todo convida :
Liga en la yerba sentí...	Amor da al hombre consuelo ;
O me engaña mi deseo ,	Amor al mundo da vida ;
O el Amor se hospeda aquí.	Aman la tierra y el cielo.
¿Quién ha mecido estas flores ?	¿Quién da á la Aurora
¿Quién ha libado su miel ?	Luz y rocío ,
Es un enjambre de amores ,	Galas á Flora ,
Que revuela en el vergel.	Mies al estío ,
En medio va mi zagala ,	Y al bosque umbrío ,
Y á porfía la enamoran :	Pompa y verdor ?
Venus misma no la iguala ,	Solo el Amor.
Y ellos cual madre la adoran.	Y por los huecos
Entonan himnos süaves ,	Vuelven los ecos :
Y al mirarla se embelesan ;	¿Amor ! ¿Amor !
Y les responden las aves ,	¿Quién el sustento
Y con los picos se besan.	Conduce al nido ?
La vid al álamo enlaza ,	¿Quién puebla el viento
Y hasta su copa se eleva ;	Y el mar tendido ?
Al olmo la hiedra abraza ;	¿Al firmamento
El aura semillas lleva : [flor ;	Quién da esplendor ?
No hay flor que no ame á otra	Solo el Amor.
No hay ser que el amor no inflame ;	Y Venus bella
No hay ave que á otra no llame	Desde su estrella
Al dulce nido de amor.	Repite : ¿Amor !

V.

RECUERDO DE LA PATRIA.

Vi en el Támesis umbrío	Y ver la orilla florida
Cien y cien naves cargadas	Del manso Dauro anhelaba
De riqueza ;	Y del Genil.
Ví su inmenso poderío ,	Ví de la soberbia corte
Sus artes tan celebradas ,	Las damas enganaladas ,
Su grandeza ;	Muy vistosas ;
Mas el ánima afligida	Ví las bellezas del Norte
Mil suspiros exhalaba	De blanca nieve formadas
Y ayes mil ;	Y de rosas : —

Sus ojos de azul del cielo ;	Ora me miren airados ,
De oro puro parecia	Ora roben cariñosos
Su cabello ;	Mi sosiego ?
Bajo trasparente velo	¿Do la negra cabellera
Turgente el seno se via ,	Que al ébano se aventaja ?
Blanco y bello.	¿Y el pie leve
¿Mas qué valen los brocados ,	Que al triscar por la pradera
Las sedas y pedrería	Ni las tiernas flores aja ,
De la ciudad ?	Ni aun las mueve?...
¿Qué los rostros sonrosados ,	Doncellas las del Genil ,
La blancura y gallardía ,	Vuestra tez escurecida
Ni la beldad ?	No trocara
Con mostrarse mi zagala ,	Por los rostros de marfil ,
De blanco lino vestida ,	Que Albion envanecida
Fresca y pura ,	Me mostrara.
Condena la inútil gala ,	Padre Dauro , manso rio
Y se esconde confundida	De las arenas doradas ,
La hermosura.	¿Dígnate oír
¿Do hallar en climas helados	Los votos del pecho mio ,
Sus negros ojos graciosos ,	Y en tus márgenes sagradas
Que son fuego	Logre morir !

VI.

EPITAFIOS.

EL CEMENTORIO DE MOMO.

Yace aquí un mal matrimonio ,
Dos cuñadas , suegra y yerno...
No falta sino el demonio
Para estar junto el infierno.

¿En sepulcro de escribano
Una estatua de la fé !...
No la pusieron en vano ,
Que afirma lo que no ve.

Agua destila la piedra ,
Agua está brotando el suelo...
¿Yace aquí algun aguador ?
No señor : un tabernero.

Un delator aquí yace...
Chito! que el muerto se hace.

Aquí un hablador se halla...
Y por vez primera calla.

Aquí yace una viuda
Que murió de pena aguda,
Apenas hubo perdido
A su séptimo marido.

Aquí yace un cortesano,
Que se quebró la cintura
Un día de besamano.

Aquí yace ser Belen,
Que hizo almíbares muy bien,
Y pasó la vida entera
Vistiendo niños de cera.

Acto cuarto de la tragedia titulada

EDIPO.

ESCENA PRIMERA.

EDIPO, DOS NIÑAS, HIJAS SUYAS.

(Edipo aparecerá vestido noblemente, pero con sencillez y sin diadema: estará apoyado contra una de las columnas del pórtico del palacio, mientras sus hijas colocan guirnaldas y flores en un ara, que se hallará situada en el mismo pórtico.)

Ed. Así, hijas mías: coronad de flores
El ara antigua de los Lares patrios,
Como postrer ofrenda y sacrificio
Del triste Edipo, pronto á abandonarlos...
Mediando vuestra cándida inocencia,
El voto á las deidades será grato;
Que vuestro infeliz padre el ara santa
No osa tocar con sus sangrientas manos. —
¡Cuán tremenda, gran Jove, es tu justicia,
Cuán tremenda!... Yo humilde y resignado
La adoro, y me someto á sus decretos

Sin que salga una queja de mis labios;
Mas dignate volver, Dios de clemencia,
Los ojos á este padre desdichado;
Y acogiendo piadoso su plegaria,
Dáale ese alivio en tan mortal quebranto!...
No te pido por mí... para estas hijas
Del alma mía tu favor demandando;
Para estas hijas, tiernas, inocentes,
Dignas, buen Dios, de tu divino amparo...
Protege su horfandad; por el sendero
De la santa virtud guía sus pasos;
Y aparta de sus sienes las desdichas
Que afligen á su padre desgraciado!...
Mas, ¿qué es eso, llorais?... Ismenia amada,
Antígone, mi vida... aquí, á mis brazos
Venid; no os aflijais... ved que hasta el alma
Me penetra, hijas mías, vuestro llanto!...

(Siéntase al pie de una columna, abrazado con sus hijas, y queda suspenso unos instantes.)

Mirad que vuestra madre debe en breve
Volver; y si os encuentra en ese estado,
Vais á afligirla mas... No, prendas mías,
No aumenteis su dolor y su quebranto;
¡Qué hartos infelices ya!... Sed su consuelo;
Aliviadla en sus penas, esforzaos
A hacerle llevaderas las desgracias
Que vuestro infausto padre le ha causado!...
Si me amais, hijas mías, yo no exijo
Mas prueba de vosotras, ni os encargo
Nada mas... ¿Lo ofreceis?... Lleve á lo menos
Esa dulce esperanza al separarnos;
Y el cielo en su bondad me dará fuerzas
Para sufrir mi triste desamparo!...
Sí, hijas mías, mirad á vuestra madre
Cual un Dios tutelar: á sus mandatos
Móstraos siempre dóciles, sumisas;
Pagad tantos desvelos y cuidados
Con ternura y amor... Y si algun día
La veis mas afligida; si al miraros,
La memoria infeliz de vuestro padre
La cubre de amargura... en vuestros brazos
Estrechadla, y decidle: « El os amaba
Mas que á su corazón; fué desgraciado
Aun mas que criminal... compadecedle;
Que al fin es nuestro padre... » ¡El cielo santo,
Si así lo hacéis, os premie y os bendiga,
Y os colme de ventura largos años!...

ESCENA II.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS.

Yoc. (Al salir.) Edipo...*Ed.* Id, hijas mías; que no os vea
Vuestra madre llorar...(Edipo se separa de sus hijas, que vuelven á dirigirse al ara, y él se acerca á Yocasta.)

¿Hablaste al pueblo?

Yoc. Apenas fué preciso: su zozobra
Y dudosa inquietud duró un momento;
Y al saber tu intencion, la piedad sola
Halló cabida en su agitado pecho:
Tú mismo con placer y con ternura
Hubieras escuchado sus acentos,
Que con ayes y lágrimas mezclados,
Nunca fueron tan vivos y sinceros. —
En medio de tu pena y amargura
Debes llevar, Edipo, ese consuelo:
No la pérdida sienten de un rey justo;
Lloran á un padre, cariñoso y bueno;
Y mirando cual propia tu desgracia,
En tu favor imploran á los cielos...
¿Te enterneces, Edipo?... Si los vieras
Preguntarme por tí, cercarme inquietos,
Ofrecerte sus bienes y sus vidas,
Pedirte que confies á su afecto
A tu esposa y tus hijas... ¿A qué ocultas
El rostro, Edipo mio? Deja al menos
Correr tus tristes lágrimas; que ellas
Tu angustia aliviaran.*Ed.* Yo esperé un tiempo,En brazos de mi esposa y de mis hijas,
Vivir feliz en medio de mi pueblo...
Yo no tuve otro afán ni otra delicia
Sino buscar su bien; ni ansié mas premio
Que verlos en mi hora postrimera
Cerrar mis ojos con piedad y afecto...
Y hoy ¡infeliz! mi dicha, mi esperanza,
La paz del alma para siempre pierdo;
Y lejos de mi patria y de los míos,
Solo en el mundo con horror me veo!...*Yoc.* Cálmate, Edipo, cálmate...*Ed.* No; deja,
Déjame desahogar mi sentimiento;Que el corazón y el alma sé me parten,
Y no puedo ya mas!*Yoc.*

Pero tú mismo

Te haces mas infeliz: triste es tu suerte,
Tristísima, no hay duda; y yo mal puedo
Ofrecerte consuelos, que yo propia
Quisiera para mí... Mas aunque adverso
El destino cruel hoy te condene
A tantos sacrificios, no por eso
Te roba todo alivio y esperanza,
Ni te reduce á tan fatal extremo.
Aun tienes una patria, á la que un día
Podrás hacer feliz bajo tu imperio;
Vas á habitar la tierra en que naciste;
Vas á ver con ternura el propio techo,
En que pasaste los serenos días
De tu infancia feliz; donde ahora mesmo
Viven tus padres, tus ancianos padres,
Que no tienen mas ansia, mas anhelo
Que verte, y bendecirte, y en tus brazos
Lanzar tranquilos el postrer aliento.
¿Mis padres!...*Ed.**Yoc.*

Sí, tus padres; aun te viven,

Aun te los guarda por tu bien el cielo...
¿Y hablas de soledad y desamparo!
No, Edipo mio: un hijo humilde y tierno,
Un hijo como tú, si tiene padres,
No está solo en el mundo... Vuelve presto
A consolarlos de tan larga ausencia;
Vuelve á sus brazos, vuelve; y en su seno
Encontrarás la paz que ahora imaginas
Perdida para siempre.*Ed.*

Yo no tengo

Siquiera esa esperanza...

Yoc.

¿No la tienes?

Ed.

Nunca mis ojos volverán á verlos!

Yoc.¿A tus padres!... Edipo, ¿no respondes?...
¿Qué arcano encierra tu fatal silencio,
Que así me hace temblar?... ¿Edipo oculta
A su mísera esposa sus secretos!A su mísera esposa sus secretos!
No, Yocasta...*Ed.**Yoc.*

Pues habla.

Ed.

¿A qué pretendes

Saber aun mas desdichas?

Yoc.

Porque debo

Sentirlas y llorarlas á par tuyo...
¿No hicieras tú lo mismo?

Ed. Yo te ruego
Por última merced...

Yoc. Y yo te pido
Por mi amor, por tus hijas, que á lo menos
Me saques de esta duda, y no me dejes
Entregada á tan bárbaro tormento.

Ed. Pues lo quieres, Yocasta...

Yoc. No; lo pido
Por mi amor...

Ed. Pues escúchame : y al tiempo
De despedirnos por la vez postrera....
En este dia mísero y funesto
Para mí mas que el dia de mi muerte,
No llevaré tambien el desconsuelo
De haber sido capaz, en esta vida,
De ocultarte ni un solo pensamiento...
Si he callado hasta ahora, si yo solo
Ese arcano fatal guardé en mi pecho,
Sin mostrártelo nunca, no me culpes;
Temí afligirte, y que el presagio horrendo
Que ha sido mi martirio tantos años,
Emponzoñase de tu vida el resto. —
Yo vivía feliz... y tan dichoso,
Que en el mundo no había quien contento
Así estuviese con su propia suerte,
A los dioses por ella bendiciendo...
Así mis años plácidos corrían,
Cuando en hora fatal, cuyo recuerdo
Hondamente clavado en mi memoria
Llevaré hasta el sepulcro, otro mancebo,
Perdida en un banquete la templanza,
Mi enojo provocó; y al reprenderlo,
Se atrevió á echarme en rostro que no era
Hijo yo de Polibo, ni heredero
De su nombre y su trono... Hasta sin ira
Le escuché; ¿ lo crearás? Solo desprecio
Me inspiró aquel mezquino; y á sus voces
Con burla y risa todos respondieron.
Mas de allí á breves dias... (ni yo propio
Te lo sabré explicar) me sentí inquieto,
Melancólico, triste, caviloso,
Privado de ventura y de sosiego,
Cual si en el alma misma me punzara
Una espina cruel... Luché algun tiempo
Connigo mismo; reclamé el auxilio
De mi flaca razon; busqué en el seno
Del deleite el olvido... Todo en vano :

Mientras mayores eran mis esfuerzos
Por borrar esa idea de mi mente,
Mas profundo y tenaz era su sello.
Cansado de sufrir, al cabo un dia
Narré á mis padres el fatal suceso,
Aunque oculté á su amor la triste duda
Que era mi torcedor y mi tormento :
Ellos del caso extraño sorprendidos
Mostráronse al principio; pero luego,
Culpando la embriaguez del ciego jóven,
Olvidar me mandaron su denuesto.
Mas quiso mi desdicha que de entonces
Me pareció notar mayor esmero
En llamarme su hijo, mas señales
De piedad y ternura; y ese empeño,
Manteniendo la llaga abierta y viva,
Doblaba mis sospechas y recelos.
Al fin, ansioso de apurar mi origen,
Y á tal duda mil males prefiriendo,
Me ausenté de Corinto, pretestando
Que iba á Atenas á ver al gran Teséo ;
Y sin tomar ni tregua ni descanso,
Corrí impaciente hasta llegar á Délfos.
¡ Ojalá antes muriera!... Por tres veces
Consultado el oráculo tremendo,
Enmudeció; yo ciego y obstinado,
Con lágrimas insté, doblé mis ruegos,
Maldije en mi delirio la tardanza,
Invoqué hasta á los Dioses del Averno;
Y casi con violencia rasgar quise
Del destino fatal el denso velo.
Cedió el Númen al fin, cual si apiadado
Satisfacer quisiese mi deseo ;
Mas resolvió, tremendo en su venganza,
Castigar de un mortal el loco empeño.
En la callada noche, solo estaba,
Entregado á mis tristes pensamientos,
Cuando vagó un susurro misterioso
Por las lóbregas bóvedas del templo.
Sonó la voz del Dios, y á mis oidos
Llegaron con horror estos acentos :
« ¿ Quieres saber tu suerte?... » Al escucharlo
La sangre se me heló; sentí el cabello
Erizarse de espanto; y junto al ara
Atónito quedé sin movimiento...
« ¿ Quieres saber tu suerte?... De tu padre
La sangre verterás... »

Yoc. ¡Divinos cielos!
 Ed. ¡Qué! ¿te asombras, Yocasta?... No debia
 Haber cedido á tu imprudente ruego :
 ¿Lo ves?...

Yoc. ¡Ay!
 Ed. ¿Mas qué miro? ¿Qué mudanza,
 Qué turbacion es esa que en tí advierto?
 Habla, responde... ¿Callas?

Yoc. Sigue, Edipo :
 ¿No es natural mi pena?...

Ed. Sí; mas temo
 Que alguna causa oculta...

Yoc. No; prosigue...

Ed. No me hagas penar mas.
 (*Después de una breve pausa.*) A tan siniestro
 Oráculo, las fuerzas me faltaron,
 Y ante el ara caí; pero del centro
 De la tierra salir me parecia
 La misma voz, continuo repitiendo :
 « ¿Quieres saber tu suerte?... De tu padre
 La sangre verterás, y el casto lecho
 Mancharás de tu madre... » Apenas pude
 Escuchar hasta el fin : fulto de aliento,
 Privado de razon y de sentido,
 Permanecí postrado largo trecho;
 Y al despuntar el alba, allí me hallaron
 Cual un cadáver insensible y yerto. —
 La vida al cabo recobré... Azorado,
 Del templo, del Oráculo, y de Delfos
 Huí con ansia mortal; recorrí en breve
 Cien regiones y cien, buscando lejos
 El término á mis penas; mas la imágen
 Del parricidio y del nefando incesto
 Como mi propia sombra me seguia,
 Al campo, á la ciudad, despierto, en sueños;
 Cual si la ferrea mano del destino
 Agobiarme quisiera con su peso.
 Hasta que al fin, para calmar mi angustia
 Y burlar el rigor del hado adverso,
 A la casa paterna y á mis padres
 Renuncié para siempre; y corrí ciego
 En busca de la muerte, donde quiera
 Que divisaba el mas lejano riesgo...
 Entonces fué cuando al mirar las gentes
 Huir espantadas del nativo suelo,
 La fama de la Esfinge y sus estragos
 Encaminó mis pasos á este reino;

Y á penas á suslímites tocaba...
 Tú sabes mi desdicha.

Yoc. ¿Y solo el miedo
 De ver cumplirse el vaticinio infando
 Te aleja hoy dia del paterno techo?
 Ed. ¿Y qué causa mayor?... Mil y mil veces
 He intentado vencer este secreto
 Temor, como infundado, como vano,
 Como indigno de mí... mas te confieso
 Mi flaqueza, Yocasta; lucho, insisto,
 Casi ya de triunfar me lisongo;
 Y al punto mismo, sin saber la causa,
 Me acomete un fatal presentimiento.
 La imágen veo del horrendo crimen,
 Y huyo confuso, de terror cubierto.

Yoc. Pues oye, Edipo : y ya que á ruego mio
 Me has mostrado hasta el fondo de tu pecho,
 No he de ser tan cruel que me rehuse
 A un triste sacrificio, cuando veo
 Que tal vez dél dependerá tu suerte
 Y la paz de tu vida.

Ed. No comprendo,
 Yocasta, tus palabras misteriosas :
 ¿Qué pretendes decirme?

Yoc. Solo temo
 Presentarme á tus ojos menos digna
 De tu estima y amor; y este recelo,
 Si alguna vez mis labios abrir quise,
 Volvió á cerrarlos con perpetuo sello...

Ed. Sigue, Yocasta, sigue...

Yoc. Era tu esposa,
 Y he tenido á tus hijos en mi seno...
 Tu propio corazon, cuando me escuches,
 La causa te dirá de mi silencio. —
 Tú, Edipo, me creias virtuosa,
 Y dichosa tal vez, al mismo tiempo
 Que mi propia conciencia noche y dia
 Me condenaba como juez severo;
 Y tus mismos elogios y caricias
 Doblaban mi vergüenza y mis tormentos...
 Recuérdalo : mil veces me notaste
 Mi profunda afliccion, queriendo inquieto
 La causa averiguar; y yo otras tantas,
 Buscando mil excusas y pretextos,
 Te espliqué mi pesar, calmé tus dudas,
 Mostré tal vez el rostro mas sereno,
 Ahondando con afan dentro del alma

- Ed. Mi continuo y roedor remordimiento.
 ¿Mas cuál es tu delito, desgraciada?...
 Yoc. En breve lo sabrás: deja á lo menos
 Que lástima te inspire un solo instante
 Tu triste esposa... Dáme este consuelo
 Por último en la vida; que hartó en breve
 Horror te inspiraré.
- Ed. No á tal extremo
 Te ciegue tu dolor...
 Yoc. ¿Sabes mi crimen?...
 No lo sabes, Edipo; pues que veo
 Que aun me miras con lástima... No, Edipo,
 No la tengas de mí, no la merezco;
 Yo no la tuve de mi propio hijo,
 Que abrigué en mis entrañas!...
- Ed. De saber mas... ¡Calla!... Tiemblo
 Yoc. El inocente mio
 Al sepulcro pasó desde mi seno,
 Y yo en su muerte consentí y su padre...
 Ed. Déjame respirar. — Ya no me tengo
 Yo por tan infeliz... Hijas del alma,
 ¡Lo fué aun mas otro padre!
 (Suspension de unos instantes.)
 ¿Y Layo mesmo
 Consentir pudo?...
 Yoc. Y su esperanza era
 Aquel niño inocente, y el objeto
 De sus ardientes votos, y la prenda
 De nuestra mutua union...
- Ed. ¿Mas qué funesto
 Motivo fué bastante?...
 Yoc. Oyelo, Edipo:
 Y sirvante mis males de escarmiento,
 Para aprender la fe que deba darse
 A engañosos oráculos. — Inquietos
 Sin tener sucesion un año y otro,
 Nuestra dicha y placer no eran completos;
 Que en medio de la pompa y la grandeza
 Nos afligia el solitario aspecto
 De nuestro hogar, y desabrida el alma
 Las caricias de un hijo echaba menos.
 Con súplicas, con votos, con ofrendas,
 Importunamos sin cesar al cielo,
 Hasta que al fin nos pareció propicio
 Que iba ya á coronar nuestros deseos...
 Aun no era madre; y la esperanza sola

- Ed. Mi existencia doblaba y mi contento,
 Y un placer me inspiraba, una ternura,
 Que solo senté el corazón materno.
 Por su parte mi esposo los instantes
 Contaba con afán... pero el exceso
 De ese afán nos perdió: quiso impaciente
 Consultar un oráculo, que el pueblo
 Desde remotos siglos reputaba
 Guarda de los arcanos de este reino;
 Le consultó; y el Dios... ó sus ministros
 Estas solas palabras respondieron:
 «El hijo, cuya vida anhelas tanto,
 La muerte te dará.» — De terror lleno
 Oyó mi esposo el formidable anuncio:
 Quiso ocultarme su dolor inmenso;
 Pero tan grave era, que no pudo
 Con él su corazón... De aquel momento
 Perseguidos cual tú de un temor vano
 Y acosados de míseros agujeros,
 Ni una hora de paz y de ventura
 Pudimos disfrutar: el mismo objeto
 De tantas esperanzas convirtiése
 En objeto de horror; y hasta en mi seno
 Palpar le sentía con espanto,
 Cual un monstruo maldito por los cielos.
 En tan horrenda situacion nos halla
 El fatal plazo: se aproxima el riesgo;
 Redóblase el temor; un Dios contrario
 De libertarnos nos inspira el medio;
 Y en aquel trance de terror y asombro,
 El atroz sacrificio resolvemos...
 Un amigo de Layo al hijo mio
 Arrancó de mis brazos; y en secreto
 Conduciéndole á un monte despoblado,
 A su suerte cruel le dejó espuesto...
 Ed. ¡Infeliz!
 Yoc. Mas apenas con su muerte
 Cesaron los temores, renacieron
 Con mas fuerza y vigor en nuestras almas
 Los antiguos y tiernos sentimientos,
 No dulces y apacibles como antes,
 Sino mezclados con letal veneno...
 Presente á nuestros ojos noche y dia,
 Sin cesar escuchando sus lamentos,
 Cuanto tocaban nuestras propias manos
 Nos presentaba de su sangre el sello;
 Y la vista de un niño, el oír su lloro,

Nos hacia temblar. Al fin el tiempo
Lo agudo del dolor fué mitigando;
Mas nos dejó una angustia, un desconsuelo
Dentro del corazon, aun mas penosos
Que el dolor mismo; y con fatal anhelo
El término miramos de la vida
Como el único fin de los tormentos. —
Ese es el fruto, ese, reservado
A quien fia de oráculos inciertos,
Que con soñados riesgos amagando,
Nos sepultan en males verdaderos.

Ed. Atónito he escuchado tus desgracias...
Yoc. ¿Y querrás por ventura seguir ciego
La misma senda?... Edipo, abre los ojos;
En mis propias desgracias toma ejemplo;
Y deja esos oráculos falaces
Que asombren solo al ignorante pueblo.

Ed. No, Yocasta: quizá los mismos dioses
Del formidable amago se valieron
Para salvarme del abismo; suya
Fué la voz que escuché; y antes prefiero
Ser el mas infeliz de los mortales
Que esponerme á peligro tan horrendo.

ESCENA III.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS, HYPARCO.

Hyp. Edipo, un mensagero de Corinto
Acaba de llegar...
Ed. Corre, ve luego,
Y condúcele aquí...

ESCENA IV.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS.

Ed. ¿Qué nuevas penas
Me anuncia el corazon!...
Yoc. ¿Porqué tan presto
Te dejas abatir?... Tras las desgracias
Suelen venir á veces los consuelos...
Ed. ¿No para Edipo, no! Siempre mis males
De otros mas graves precursores fueron.

ESCENA V.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS, HYPARCO, UN MENSAGERO DE CORINTO.

Mens. Salud, buen rey: y venturoso seas
Al lado de tu esposa, para ejemplo

Y dicha de tus hijos...
Ed. Noble anciano,
¿Qué nuevas traes?
Mens. De Corinto vengo...
Ed. ¿Traes nuevas de mi padre?
Mens. El buen Polibo...
Ed. Sigue, acaba, no tardes...
Mens. Ya por premio
De su virtud...
Ed. Acaba.
Mens. Está gozando
En los Eliseos de descanso eterno.
Ed. ¿Hay mas desgracias hoy... hay mas desdichas,
Que caigan sobre mí?...
Yoc. Recobra aliento,
Edipo, y á los golpes de la suerte
Tu fortaleza opon.
Ed. ¿Ni aun el consuelo
De abrazar á su hijo desdichado,
De verle al espirar!... Díme, buen viejo,
¿Se acordaba de mí? ¿No repetia
El nombre de su Edipo?
Mens. Fué el postrero
Que en sus labios se oyó; y al pronunciarle,
Me estrechaba la mano con afecto...
Ed. ¡Ingrato hijo, y tú le abandonaste
Y le hiciste infeliz!...
Yoc. ¿A qué ese empeño
De atormentarte mas?
Ed. Él me creia,
A la hora de su muerte, justo, bueno,
Digno hijo suyo...
Mens. Le escuché mil veces
Celebrar tu virtud, y por modelo
Proponerte á sus pueblos...
Ed. Calla, calla;
Que el alma me traspasa con tu acento.
Yoc. Retiraos, amigos... con su esposa
Dejadle suspirar unos momentos
Siquiera en libertad.

ESCENA VI.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS.

Yoc. Edipo mio,
Si algun influjo en tí logran mis ruegos;
Si te importa mi vida; y si no quieres

Aumentar la amargura y desconsuelo
De esas prendas del alma, haz lo posible
Por templar tu afliccion...

Ed. Hoy mismo pierdo
A mi esposa, á mis hijas, á mi padre,
Cuanto en el mundo amé!

Yoc. No, Edipo: el cielo
Te conserva á tus hijas y á tu esposa,
Que no tendrán un hora ni un momento
Que no piensen en tí... ¡Con qué ternura,
Cuando se calme tu dolor acerbo,
De ellas te acordarás! Al levantarte,
Al entregarte al apacible sueño,
Al sentarte á la mesa, *ahora, ahora mismo*
Nombrándome estarán; ahora pidiendo
Estarán á los Dioses por la dicha
De su esposo y su padre!

Ed. Tus acentos,
Yocasta mia, un bálsamo derraman
En mi llagado corazon...! Aun tengo
Quien se duela de mí; quien se apiade
Del infeliz estado en que me encuentro!...

Yoc. No te reprimas; llora, desahoga
Tu afliccion en mis brazos...

(Quedan abrazados unos instantes.)

Ed. Ya, ya puedo
Respirar... ¿No lo ves? Hasta este llanto
De mi grave dolor alivia el peso.

Yoc. Procura ahora calmar la viva lucha
De tu imaginacion; ya por lo menos
Sabes tu suerte, mísera, infelice,
Pero cierta; y al cabo es un consuelo
Ver el límite y fin de las desgracias,
No temerlas mayores... ¿Qué se hicieron,
Edipo, esos oráculos mentidos
Que tanto te aterraban?... Hoy por ellos
A tu patria, á tus padres renunciabas;
Te condenabas á fatal destierro;
Y en medio de tus penas, solo vias
La amenaza de males mas horrendos.
Ya no, Edipo, ya no: tu hogar, tu patria,
Los votos y esperanzas de tus pueblos,
Los brazos de una madre cariñosa
Esperándote estan... ¡Con qué contento
La volverás á ver, á consolarla,
A consagrar tu vida y tus desvelos
Solo á hacerla feliz!

Ed. Sí, esposa mia:
En medio de la angustia que padezco,
Esa sola esperanza me sostiene,
Esa sola y no mas... Si pude ciego
Sacrificar la dicha de mis padres
A un temor vano; si pagué su afecto
Con fuga y abandono; si no pude
Consolar en sus últimos momentos
A mi buen padre, y á sus pies postrado
Demandarle perdon... al cabo un medio
Me queda de espiar mi grave culpa,
A fuerza de cariño y de respeto,
De no apartarme un hora, un solo instante
De mi madre infeliz!

Yoc. Pues ya has resuelto
Seguir la senda que el deber, mis votos,
Tu corazon te dictan, ¿qué provecho
Sacarás de afligirte?... Ven, Edipo,
Ven; que ya por instantes crecer veo
Las sombras de la noche; y tras la lucha,
Tu fatigado espíritu y tu cuerpo
Descanso han menester: mañana puedes...
Ed. Esposa mia, sólo te encomiendo
Una cosa, no mas...

Yoc. ¿Qué quieres? Dilo.

Ed. (*Corre enternecido hácia sus hijas, y las abraza.*)
Mira que el alma, el corazon te dejo,
Mas que mil vidas...

Yoc. ¿Ves que las afliges?

Ed. Mis hijas... mis amores... hoy os veo
Por la postrera vez!...

Yoc. Cálmate, Edipo...

Ed. Vuestras tiernas caricias, vuestros besos
Ya se acabaron para mí en el mundo!...

Yoc. Por piedad, caro Edipo...

Ed. Ya no espero
Apoyo en mi vejez... tener siquiera
A quien mirar en mi postrer momento!

(Edipo, Yocasta y sus dos hijas quedan abrazados y formando un grupo, en el pórtico del palacio.)